

## NO HURTARÁS

Luis XIV, rey de Francia, tenía un ministro, cuyo nombre llegó a ser célebre en todo el mundo; se llamaba Colbert. Era hijo de gente humilde. Su familia, tras muchas desgracias, logró salir de apuros empleando a Colbert como dependiente en la tienda de un comerciante llamado Certain. Este contaba entre sus clientes a los más ricos de la ciudad. Una tarde el patrón mandó a Colbert con tres piezas de género a un hotel donde se alojaba cierto banquero llamado Cenani, quien necesitaba comprar telas.

-Colbert -le dijo el patrón-, esta pieza marcada con el número 1 se debe cobrar a razón de 6 libras la vara; la número 2, a 8; y la número 3, a 15 la vara. No se equivoque y haga que le paguen al contado.

Acompañado de un mozo de la tienda que tenía que llevar las piezas, Colbert llegó al hotel y pidió permiso para hablar con el banquero Cenani. Al ser admitido, le mostró las piezas de género. El banquero eligió la que más le agradó, diciendo: "Esta me gusta. ¿Cuántas varas tiene?"

-Treinta varas, señor. -Entonces me quedaré con ella. ¿Cuál es el precio?

-15 libras la vara, señor.

-Así que, 30 por 15, son 450 libras -dijo el banquero. Sacó el dinero y lo contó delante de Colbert.

-¿Quiere que mida la pieza para ver si son 30 varas? -preguntó Colbert. El banquero contestó:

-La firma Certain tiene fama de ser honrada, así que no es necesario. Colbert se despidió e informó más tarde a su patrón del resultado. Apenas hubo llegado a la tienda, el mozo empezó a reír diciendo: "¡Que linda equivocación!" El patrón gruñía entre dientes:

-Si ha cobrado de menos, se lo descontaré del sueldo.

-No es necesario -dijo el mozo-; ha traído de más, y bastante. ¡Vendió la pieza de 8 a 15; mire señor! El patrón vio que era así, se puso contento y dijo a Colbert:

-Ha hecho un negocio excelente: 210 libras de beneficio.

-Esto no puede quedar así -balbuceó Colbert; pero el patrón le interrumpió diciendo:

-No se aflija, Ud. participará de la ganancia; no tenga miedo, que no me quedaré con todo. Colbert se contuvo con dificultad y luego dijo: "¡No, señor! ese dinero no es mío ni suyo, y lo devolveré en seguida al Sr. Cenani". Y sin prestar atención a los insultos del patrón corrió al hotel y pidió hablar de nuevo con el banquero. Este estaba ocupado en ese momento, pero Colbert, a riesgo de ser echado a la calle, entró sin permiso y le anunció su equivocación. El banquero lo miraba con extrañeza, mientras Colbert contaba delante de él el dinero que había recibido de más.

-Bien, podrían haberse guardado ese dinero -dijo el banquero-, pues yo no me hubiera dado cuenta del error.

-No deseo tener dinero ajeno, señor, prefiero ser honrado.

-¿Y si yo le diera ese dinero en recompensa por su honradez?

-No lo aceptaría, señor. No tengo el menor derecho de poseerlo, y el hecho de que yo haya traído de vuelta su dinero no es más que mi deber.

El banquero le preguntó su nombre y dirección y lo dejó ir. Al llegar nuevamente a la tienda fue recibido con poca bondad por su patrón, quien lo trató de tonto y le dijo que nunca iba a progresar, porque no comprendía lo que le convenía. Al pensar en el negocio que se le había malogrado por causa de Colbert el patrón se enojó tanto que lo despidió inmediatamente. Con lágrimas en los ojos Colbert contó a sus padres lo que había pasado. Estos quedaron bastante sorprendidos cuando les comunicó que había sido despedido, pues estaban felices de que su hijo ganara algo para ayudarles. Pero ambos padres estaban de acuerdo en que su hijo había obrado bien, aunque no estaban muy contentos de que hubiera quedado cesante. Parecía que la honradez les había causado una nueva desgracia, pero antes de la noche Dios había cambiado la situación. Alguien llamó a la puerta, y al abrirla, vieron que un señor bien vestido bajaba de un lujoso coche. El gran señor entró y resultó ser nada menos que el banquero Cenani.

-Juan Bautista Colbert es hijo de Uds., ¿verdad?

-Sí, señor, es nuestro hijo mayor.

-Los felicito por tener un hijo como él. ¿Está empleado en la tienda de Certain?

-Allí estaba, pero ha sido despedido.

-¿Seguramente en relación con el asunto de esta tarde?

-Sí, señor.

-Entonces mis informes resultaron exactos. Yo venía a hacerles la propuesta de que Juan Bautista viniera a trabajar en nuestra oficina en París. ¿Qué les parece? Naturalmente, la propuesta fue aceptada de todo corazón, y el joven Colbert fue instruido en los negocios del banco. Desde el principio gozó de la mayor confianza, y como nunca diera motivo para que se dudase de él, fue puesto al tanto de todos los manejos del dinero. Cuando Luis XIV buscaba un ministro de hacienda, se le recomendó a Colbert, y el poderoso soberano lo elevó al cargo más alto del estado.